



LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTIFICA

(CONTINUACION DEL ECO DE LA VETERINARIA.)

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y ULTIMO DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Lo mismo en Madrid que en provincias: 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre. En ultramar. 80 rs. al año. En el extranjero, 18 francos, tambien por un año. Solo se admiten sellos del franqueo de cartas, de los pueblos en que no haya giro, y aun en este caso, enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administracion no responde de los extravíos, abonando siempre en la proporcion siguiente: 9 sellos por cada 4 rs.; 13 sellos por cada 6 rs.; 22 sellos por cada 10 rs.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION.

En Madrid: en la Redaccion, calle de la Pasion, números 1 y 3 tercero derecha.

En provincias: por conducto de corresponsal ó remitiendo á a Redaccion, en carta franca, libranzas sobre Correos ó el número de sellos correspondientes.

HIGIENE PÚBLICA. (1)

Un expediente curioso sobre prohibicion de carnes procedentes de reses lidiadas.

(Conclusion.)

Informe del subdelegado-inspector de carnes al Ilmo. Ayuntamiento de Pamplona.

Enterado de la instancia presentada por D. Roman Labarta, vecino y arrendatario de la plaza de toros de esta vecindad, en la que solicita se anule la determinacion que el señor Alcalde le comunicó en 16 de Abril último, para que se enterraran con las precauciones necesarias las reses mordidas por los perros en la plaza de toros, tengo el honor de exponer á V. S. lo siguiente:

Si tratara únicamente de probar la notoria justicia con que el señor Alcalde adoptó por mi consejo la providencia de que Labarta se queja, bastaria citar el reglamento de 25 de Febrero de 1859, el cual dice en su artículo 17 que *no se permitirá la entrada de ninguna res con heridas recientes causadas por los perros, lobos ú otros animales carnívoros*, cuya observancia y cumplimiento se encarga á los inspectores en el artículo 26; como tambien se hallan señaladas en las ordenanzas de Madrid y Zaragoza en sus artículos 3.º, parte 5.ª, 52 y 46, que á V. S. acompaño originales. Tan pronto, pues, como se vea una res con heridas recientes causadas por perros, no puede menos el inspector de rehusarla, sin meterse á investigar la causa ni el modo como se verificaron las heridas, porque la disposicion reglamentaria es absoluta y no admite excepcion de ninguna clase. Pero como el reclamante

Labarta se apoya principalmente, no en el texto literal sino en su espíritu ó interpretacion, creo de mi deber entrar tambien en esta materia y explicar las doctrinas que, acerca de la salubridad de las carnes, vienen sosteniendo los más acreditados profesores en la facultad de Veterinaria.

En general, son pocos los que ignoran que la rabia es una de aquellas enfermedades más terribles que acometen á los animales y que pueden comunicarse al hombre: es mortal, y solo su nombre espanta. Sus causas son innumerables y se prestan á opiniones diversas, pero una de ellas es, sin duda alguna la excitacion causada á los animales por los tormentos, á qu: se los somete en los combates y luchas, resultando que en su excitacion furiosa la saliva se aumenta, se hace espumosa y adquiere cierta acritud, que altera los folículos secretorios y las glándulas, en términos que corroe su membrana mucosa, dando lugar á formarse las vesículas ó vejigas debajo de la lengua, síntoma unívoco y patognomónico que caracteriza la rabia. La espontaneidad de esta enfermedad en el perro y sus especies afines no deja duda alguna; su comunicacion á diferentes seres es igualmente cierta. Los periodos de invasion y de incubacion son difíciles de conocer; y aunque algunos autores nieguen la verdadera contagiosidad de la enfermedad, todos, absolutamente todos, están por la afirmativa en la cuestion de adoptar ó no precauciones rigurosas para evitar sus consecuencias. Teniendo en cuenta lo grave que es y puede ser tan desastrosa enfermedad; no vacilamos (el día de la lidia del toro con los perros) en presentarnos mi compañero D. Francisco Echarte, segundo inspector, y el que suscribe, para observar el estado en que quedaban los animales: uno de los perros se hallaba en tal estado que no bastaron algunos cubos de agua fria para calmarle la gran agitacion nerviosa que le acompañaba; la baba y moco espeso y espumoso que le salia por ambas cavidades, y además los ojos centellantes y amenazadores que tenia eran ya indicios para clasificarle de hidrófobo. --este animal, segun noticias pereció, no sé si por esa

(1) Véase el número del 30 de Junio último.

causa. ¿Quién puede negar que actos de esta naturaleza, é igualmente en corridas de toros, en medio de tales martirios no pueda producirse si no la hidrofobia, otra enfermedad por la alteración de la sangre y demás funciones, y que sus carnes produzcan alteraciones á los consumidores? La primera condición individual y social es, sin duda alguna, procurar por todos los medios posibles la salud en todo ser viviente, más particularmente en la especie humana; y de esto surge la consecuencia precisa de procurársela á toda costa por medio de una sana y buena alimentación ayudada con lo que la higiene aconseja. En este concepto, estimulado por el deber que tengo (como veterinario-inspector de esta capital) de hacer comprender los errores crasos en que la solicitud se apoya, y para satisfacer así á la ilustre Corporación municipal, expondré las razones que militan para que las carnes lidiadas, y con particularidad con perros, no deban expendirse al público consumo.

Todo ser vivo es susceptible de presentarse en dos estados: en el de salud y en el de enfermedad; ó lo que es lo mismo, los fenómenos de la vida pueden producirse de dos modos: ya con regularidad y placer, de manera que el individuo ejerza con desembarazo todas las facultades con que la naturaleza le ha dotado, lo cual constituye armónicamente el estado de salud; ya con irregularidad, incomodidad ó dolor, exaltación y desvío de su actividad, de modo que haya lesión y por lo tanto dificultad ó imposibilidad en la ejecución de alguna de las facultades del ser, y peligro de perecer más ó menos pronto, constituyendo este desarreglo un estado de enfermedad, antagónico al de la salud, pero compatible por cierto tiempo con su existencia. Por manera que, ó los individuos ejercen las funciones asignadas por la naturaleza con actividad, regularidad y placer, ó las desempeñan con lentitud, irregularidad, incomodidad ó dolor; si en el primer caso, gozan de buena y perfecta salud; si en el segundo, hay lesión, y por consiguiente enfermedad. Sentados estos principios, preciso es admitir términos medios entre la enfermedad y la salud, y del mismo modo entre las condiciones higiénicas que dan lugar á uno y otro estado, como así, lo comprueba nuestro querido compañero y profesor D. Bartolomé Muñoz y Grande; corroborándolo el ilustrado amigo nuestro y redactor de LA VETERINARIA ESPAÑOLA D. Leoncio Francisco Gallego.

Concretándonos al principal fin de la cuestión, habremos de admitir en las reses lidiadas cierto grado de exaltación general, efecto de una excitación anormal (como así se demuestra por el mayor aflujo de sangre hacia determinados órganos y por la general aceleración en su círculo, activando la respiración absorción y calorificación); á todo lo cual se agrega la irritación hemorrágica interna y externa, que forzosamente tiene que sobrevenir, á consecuencia de las contusiones, heridas desgarradas, punturas y demás causas análogas. Hay, pues, más que suficientes motivos para producir alteración en las funciones de las reses, cambiando su estado higiológico en anormal patológico, que no es otra cosa sinó lo que llamamos enfermedad. Luego parece quedar probado que las reses vacunas lidiadas con perros (y también sin ellos) mueren afectadas, y que por lo tanto sus carnes carecen de las buenas y sanas cualidades que se requieran para la alimentación del hombre, cuya salud es la primera condición individual suya y aún social. Todavía se corrobora más lo anteriormente manifestado, si paramos la consideración en los desórdenes que resultan como efecto de aquellas mencionadas causas: esos innegables síntomas que las

reses ofrecen, de incomodidad, agitación y ansiedad, los ojos fieros y la convulsión general observada en los perros á que esta cuestión alude; juntamente con el aspecto lívido y negruzco de las carnes, las congestiones sanguíneas en los pulmones, corazón, estómago y centros nerviosos, derrames y otras alteraciones que se han visto siempre en los cadáveres; todos esos síntomas y lesiones autorizan para sostener la mala calidad, la insalubridad de estas carnes.

Los continuados tormentos que en la lucha abierta, cuerpo á cuerpo, sufren los toros de lidia, y la penosa y prolongada muerte que al mayor número de estos se dá, distan mucho de poderse cotejar con las circunstancias que concurren en la caza de reses mayores y menores (según se afirma en la argumentación de la instancia), en las cuales, por lo general, no media otra defensa que la carrera que el natural instinto les aconseja para evadirse del hombre, su enemigo, ni existe en ellas, padecimiento alguno duradero, pues vienen á morir á manos del cazador, pero á larga distancia y por lo regular instantáneamente á favor de un proyectil.

Las gentes profanas á la ciencia no sabrán, ciertamente, darse razón de lo que á propósito de la conservación de carnes observan y practican todos los días; pero les consta con la más absoluta certeza que la sangre, por ejemplo, las vísceras y en general los órganos y tejidos muy vasculares, muy infiltrados de sangre ó blandujos resisten poco tiempo á la putrefacción; que esta predisposición de las carnes aumenta cuando la temperatura ó calor es considerable; y que, sobre todo en países y tiempos húmedos y cálidos á la vez, pueden hasta ser desastrosos los efectos producidos por una alimentación con dichas carnes.

De ahí el rigor de las prescripciones (en este ramo de sanidad) prohibitivas de tales á cuales alimentos en determinadas épocas; de ahí la previsora costumbre de matar las reses destinadas al consumo público, bien sea por sorpresa, bien sea por regulación, siempre con el fin de evitar las hiperhemias capilares, que son consecuencia obligada en los ejercicios, y tormentos que las reses lidiadas sufren; de ahí también el cuidado que se tiene en separar las vísceras de aquellos animales muertos, cuyas carnes han de tardar en ser aprovechadas para la alimentación del hombre. Esto se halla grabado, de una manera indeleble, en la conciencia de todo el mundo; por lo cual lo palpamos en este mismo matadero con la gran cantidad de carne que á fin de año se inutiliza como invendible, por golpes, contusiones y recalentaciones insignificantes; pues, equimósadas y blandijas, consideramos perjudiciales dichas carnes, siendo así que pudieran ser menos malas que las de que en esta cuestión se trata.—No dudo que la carne de toro lidiado con perros, ó sin ellos, se habrá dado y se dará al consumo público (aunque indebidamente); pero no podrá asegurar nadie que no sucedieron consecuencias perjudiciales por su uso. Alégase en contra de esto el afán con que se solicitan algunas veces por los consumidores; como también el que jamás asistieron los profesores de medicina enfermedad alguna originada por aquella causa, como, á su decir, hubieran aparecido en el caso de existir el principio morboso que se les atribuye. Pero baste notar la diferencia en precio comparativamente al de las sacrificadas en los mataderos, lo que supone su inferioridad; además de que las referidas carnes de toro lidiado se comen de tarde en tarde, rara vez, y en poca cantidad; circunstancia que induce á creer que si se hiciera uso de ellas con frecuencia y en mayor cantidad, proba-

biemente serian mayores y más palpables sus resultados. Por otra parte: si los enfermos han sido visitados algunos dias después de la indisposicion que suponemos pudieron causarles aquellas, ó bien si la enfermedad hubo de existir incubada cierto tiempo; en los dos casos, nada tiene de extraño que ni siquiera se haya imaginado atribuir su desarrollo á dichas carnes, sino á otras más ó menos eficientes causas, y siendo así que no existen suficientes y positivos datos para comprobar su bondad higiénica, es desde luego sospechoso que las mencionadas carnes puedan comerse sin inconveniente ostensible.—Todo esto se comprueba en las observaciones diarias, y más principalmente aún estudiando sin pasion el espíritu de los reglamentos de sanidad que rigen en los mataderos públicos, en los cuales se determinan las reglas que se han de observar para el sacrificio de las reses, y los cuidados que han de mediar antes de su muerte. De aquí, lo citado respecto á reglamentos, uno de cuyos artículos, copiado á la letra, dice así: «No se permitirá que se torreen ó capoteen las reses destinadas á la matanza, ni tampoco se consentirá que se les echen perros, ni se las martirice antes de la muerte, procurando sea en completo reposo y con los instrumentos destinados al efecto.»

Si queremos apreciar ahora los desastrosos efectos que puede acarrear á las carnes de los toros corridos la transmision de productos contagiosos tales que los del muermo, lamparones, etc., en su contacto inmediato (pues los caballos de plaza, padecen estas y otras enfermedades contagiosas, y muy bien pueden depositar en las reses algun líquido purulento ú otros humores, al tiempo de herirlas en propia defensa, ya tambien en el arrastre al conducir las al matadero), comprenderemos sin esfuerzo los graves inconvenientes que el uso de dichas carnes puede ocasionar en la salud pública, y las funestas consecuencias de que es susceptible la propagacion de un virus.

El caso es que vendremos á parar en que, cuando se trata de garantizar la salud pública, interés el más grande que reconoce la sociedad, toda precaucion, toda medida higiénica adoptada es poca; y más particularmente si se fija la atencion en las carnes, alimento preferente, y que figura en primera línea para el sosten, robustez y energia del ser humano, cuya primera necesidad es á todas luces la de conservarse sano. De esto parte el interés y esmero que se ha de observar en la inspeccion de las carnes del matadero, tanto en vivo como en canal, pescados, aves y demás que constituyen el predilecto alimento, con el laudable objeto de que este proceda de animales en perfecto estado de salud para que se pueda hacer uso sin recelo y no se resienta en lo más mínimo el organismo. Con este fin, se dispuso la creacion de inspectores veterinarios en todas las casas-mataderos de la Península, convencido el Gobierno de que solo estos han adquirido por principios los especiales conocimientos que son indispensables para ejercer con tino cargos de tanta trascendencia. Y de aquí resulta que para desempeñar estos destinos, no les sea lícito á otros profesores intervenir de un modo directo en estos y otros cargos ajenos á su mision.

De todo lo expuesto se deduce: que encuentro muy mal informado al peticionario Labarta; que las carnes de toro corrido, ya sea con perros ó sin ellos, no reúnen las condiciones apetecibles para una buena y sana alimentacion; que los accidentes que median en las cacerías con relacion á diferentes animales, distan mucho de los que ocurren en lidia (los padecimientos no son tan duraderos, etc., etc.); y, por último, que hasta debía prohibirse en todas partes la

carne de lidia, por más que se expendá á bajos precios, no sólo porque esta insignificante baja supone engaño en cuanto á su calidad sino porque al hacer uso de ellas, por lo general las clases menos acomodadas de la sociedad, se ven expuestas á enfermar.—En su consecuencia, cumpliendo con un deber imprescindible de dignidad y aduciendo razones dictadas por auterres más privilegiados que yo, emito este mi humilde parecer.

Pamplona 24 de Mayo de 1870.

JUAN MONASTERIO Y CORROZA.

PROFESIONAL.

Réplica al artículo del Sr. Marin.

Háse dicho, y es una verdad axiomática, que de la discusion nace la luz, cuando la discusion es seria y recae sobre principios que pueden sufrir alteracion sin variar en su esencia íntima, sobre proposiciones que dan lugar á que con recto juicio ó criterio sean refutadas, ó sobre apreciaciones que pueden recibir alguna modificacion en el curso del debate, segun sea el método adoptado por cada uno de los contendientes, la escuela filosófica á que pertenezcan y la diversidad de datos que por una y otra parte se hayan puesto en juego empero, jamás podrá *nadie* entrar en controversia cuando el artículo ó artículos en que la discusion se inicia no son sino un continuo ataque á personalidades determinadas, más ó menos enbrazado ó explicito, quedando como es consiguiente en pié todos los argumentos objeto del debate.—Sin embargo: puesto que el Sr. Marin nos lleva á este terreno, siquiera sea de una vez para siempre, fuerza será que no esquivemos la batalla.

Me extraña sobremanera que el Sr. Marin, persona de edad reflexiva, á través de cuyo prisma suele pensarse ya con la razon fria y con una calma estoica, haya tenido el valor de lanzarse á la palestra sin haber leído antes lo que va escrito desde el número de 20 de Marzo de LA VETERINARIA ESPAÑOLA, hasta el 20 de Junio inclusive; pues de haber hecho esa lectura detenidamente, no se le hubiera ocurrido trazar su bien *coordinado escrito*, que no parecería sino meditado para envenenar á la clase y fluturarnos á todos de ideas *cuasi seminaristas*, sirviendo de solaz únicamente á cuatro colectividades que ven en el Sr. Marin un *campeon*, defensor acérrimo, sostenedor de una causa muerta, verdaderamente muerta en la conciencia general de la profesion en masa. Solamente hablando en broma es como puede aventurarse la asercion rarísima de que debemos conservar nuestras cuatro ó seis escuelas de Veterinaria, y solamente en los arranques de un *delirium-tremens* es cómo puede exagerarse

el mismo aserto pidiendo todavía MAS ESCUELAS! Nadie ignora hoy que, gracias al régimen político de indecisión administrativa y de reformas aventureras, es por lo que viven aún esos establecimientos que el día en que la libertad sea un hecho, y con perdón del Sr. Marín, habrán de derrumbarse, pues no son más que focos de hambre y de miseria para nuestra desventurada clase.

El Sr. Marín viene arropándose con el traje del fraile, modesto, sencillo, sin ostentación, para después ensalzarse y, á imitación del célebre personaje del judío errante, convertirse en jefe nato y supremo de una idea repudiada por todo profesor que en algo estime su dignidad y su decoro, idea que, solamente llevada en alas de su ofuscación, ha podido arrojar á la faz de una clase respetabilísima y hasta digna de lástima. Si el escrito del Sr. Marín ha podido servir de algo (á pesar de que el silencio de la clase le ha hecho ver—¡oh ilusión óptica!—que un crecidísimo número de veterinarios abrigan las mismas opiniones); si el escrito del Sr. Marín ha podido servir de algo, este algo estaría representado por la celebridad del ridículo y por la patentización de un criterio extraviado.—Tres preguntas al señor Marín:

¿Obedece a un acto de despecho su artículo? ¿Obró en virtud de un alto deber de conciencia? ¿Es instrumento ó víctima de alguna colectividad? No lo sabemos, ni queremos tampoco hacerle objeto de ninguna suposición ofensiva; mas no se comprende, es imposible comprender, dados los conocimientos científico-literarios del Sr. Marín, que se hubiera atrevido nunca á extampar en letras de molde una tan larga serie de suposiciones absurdas, capciosas y superfluas, rebatidas ya como estaban de antemano, por mi particular amigo don Leoncio F. Gallego. El Sr. Marín debería quedarse extasiado, arrobado y en dulce placer leyendo ese su artículo, que nos conduce á una felicidad suprema, creada en el ideologismo-metafísico de un cerebro admirable.

Entraré abordando las razones que me sugiere mi pobre razonamiento, deshaciendo por milésima vez las que ya han sido deshechas en otros números del periódico, á los cuales debiera remitirme por única contestación al Sr. Marín. Si acometo esta empresa, no es más que por ser deferente contestando á las observaciones del Sr. Marín.

¿Debemos pedir á las Cortes la supresión y abolición (1) de las escuelas veterinarias, por innecesarias, perjudiciales y onerosas al Estado? Si...! con permiso del Sr. Marín.

¿Debemos pedir igualmente el *libre ejercicio* de todas las profesiones que requieren título? Sí! pero

con más energía, constancia y perseverancia que aquella otra medida. Este sería el golpe certero.

Dice el Sr. Marín, que, en vez de suprimir las escuelas, quiere él aumentarlas, porque enaltecen á la clase y son necesarias. Mas la perspicacia del Sr. Marín no ha conocido que, en vez de enaltecer á la clase, las escuelas hoy existentes están arruinándola (y desprestigiándola) de tal manera, que no habrá un veterinario medianamente instruido á quien se le oculte que el origen y fuente de todas nuestras desgracias reside sola y exclusivamente en el demasiado número de escuelas que tenemos en la Península.—Un caso práctico, mejor que un razonamiento meditado, probará al paladín y copartícipes *escuelicistas* la unanimidad, el consentimiento armónico de opiniones que reina en la clase acerca de este punto.

Estando yo en un pueblo inmediato al mío, hubimos de reunirnos cuatro profesores veterinarios; y al manifestarles que llevaba hecho el borrador de una exposición, que lei para ver si merecía su aprobación, les pregunté si se hallaban dispuestos á imitar á la generalidad de la clase, pidiendo la abolición inmediata y radical de las tres Escuelas su balternas... Una idea de aprobación absoluta brotó, Sr. Marín, espontáneamente de aquellos labios, y en los ojos de mis abalidos compañeros todavía se vió brillar una ráfaga de esperanza: «Pidamos enseguida, y con la premura que reclaman las necesidades de la clase, la supresión de unas escuelas que tanto nos están perjudicando, por el número de profesores que arrojan todos los años (y por otros conceptos), y después de conseguido esto, pidamos con insistencia el *libre ejercicio*, como el triunfo más completo de nuestra regeneración científico-social.»—Qué mentís tan solemne para las ideas *escuelo-proteccionistas* (2) del Sr. Marín.

Son innecesarias, porque allí y sólo allí es donde reside nuestro porvenir sombrío y negro. Yá se le ha repetido al Sr. Marín, una y mil veces, que queremos una Escuela con carácter oficial, suprimiendo las demás, y reformando su enseñanza hasta el punto que hoy está organizada la de medicina humana; de modo que, como ha dicho muy bien mi íntimo amigo el Sr. Gallego, hagamos casi imposible la carrera, y solamente los que posean vocación decidida sean los que vayan adquirir una suma de conocimientos científicos que entonces, y nada más que entonces, será cuando aquella Escuela modelo podrá darles, enalteciendo así á la clase, y para que la sociedad, no nos tilde ó apode de *herradores* (como no se ocultará á la gran sabiduría y penetración del Sr. Marín), y no nos postergue ni de prima hasta colocarnos después de los ministrantes.

(1) Para el caso presente ¿qué diferencia habrá encontrado el Sr. Marín entre supresión y abolición?

(2) Yá que el Sr. Marín ha inventado una nueva manera de disculpar, dígnese tolerar en mí la invención de esta palabra.

Entonces, repito, verá la sociedad, hoy inconsciente, que servimos para algo más que para *herrar*; y como que en aquella época tan deseada la sociedad será mucho menos ignorante que es ahora, y al propio tiempo será también mayor la instrucción de los veterinarios, el resultado infalible ha de ser una apreciación más exacta y más decorosa de nuestros servicios científicos, que, indudablemente han de ser más positivos, más prácticos, más útiles que en la actualidad.

Pasemos por alto aquello de «¿Son necesarios los Veterinarios?», puesto que nadie (como no sea algún conocido del Sr. Marin) pondrá en duda que lo somos. Si tan trivial ha sido la pregunta, su contestación sería ridícula.

Queda asimismo contestada en el párrafo que precede la otra feliz especie del Sr. Marin en que interroga que «donde habian de hacer sus estudios los Veterinarios», siendo evidente que ni el Sr. Gallego ni yo hemos manifestado el deseo de suprimir todas las Escuelas. Por lo demás, esas nociones de Física, Química e Historia Natural, así como la Lógica del Sr. Monlau (que supongo la tendría presente el Sr. Marin para redactar su artículo) no creo sea indispensable (ni siquiera bueno) estudiarlas en Veterinaria, respecto de las tres primeras asignaturas, ni en ninguna parte, tratándose de la última. Dicho sea en honor de la verdad, en los colegios de Veterinaria no se aprende Física, Química ni Historia Natural; y en cuanto a la lógica, sobre todo a la lógica frailuna, que es lo que se enseña, lejos de ser útil, es pernicioso su estudio en los Institutos.

Y añade el Sr. Marin: «hasta aquí estarán conformes los Sres. Gallego y Molina...» Mas cuán lejos nos hallamos! Yo, por mí, sé decir que no pertenezco a la escuela ecléctica, a la que tal vez podrá ser adicto el Sr. Marin; porque la marcha del eclecticismo es incierta, son vacilantes sus pasos y de consiguiente nunca podrán los eclécticos emanciparse de la tiranía que impone el privilegio de clases y razas, corolario obligado de su doctrina meticulosa y aduladora.

«El número de Veterinarios, (dice el Sr. Marin) á nuestro juicio, no es excesivo, sino es que fallan un gran número que no pueden dar las escuelas existentes...» Hasta aquí se morderían todos los veterinarios los labios para contener la risa, por la impresión grata que experimenta nuestra alma cuando ve que alguien nos está haciendo felices sin esperarlo; pero cuando llegaron á este párrafo soltarian la... carcajada y se harían la pregunta que yo me hice ¿Si escribirá el Sr. Marin para Mozambique ó Janja?

Yá lo oye la clase: hay en su seno personas eminentemente instruidas, que tienen el desparpajo de escarnecerla en su rostro y con un aplomo de

que habrá pocos ejemplos en la historia. Tan notorio es el absurdo sentado por el Sr. Marin, que, aunque este profesor creyera en él de buena fé, no se concibe cómo ha podido atreverse á profanar con ese padron de ignominia el resignado y virtuoso templo de nuestros sufrimientos comunes. Yá no faltaba más, comprofesores, sino que en nuestra clase misma hubiera quien insultase públicamente nuestra miseria! ¿Conque hacen falta mas veterinarios?... Ni en son de burla se puede consignar tal despropósito!

En qué habrá podido fundarse el Sr. Marin? En la estadística internacional comparada? Pues esa estadística ha demostrado yá que, no sólo en Bélgica (nación bien regida), sino hasta en Rusia (mansión del oscurantismo) el número de veterinarios es muchísimo menor, que en España (país en donde ha nacido el Sr. Marin), relativamente á la población y á la riqueza pecuaria y agrícola.—En la estadística española? Pues nuestra estadística arroja el dato elocuentísimo de que, siendo, como son, infinitamente más raras las enfermedades en los animales que en el hombre, si se descarta del cómputo, como debe descartarse, el ganado lanar (para cuyas dolencias casi nunca se nos consulta) y casi la totalidad del vacuno (que, poco más ó menos, se encuentra en el mismo caso), es *extraordinarísimamente* considerable la desproporción que se nota entre el número de veterinarios, comparado con el de animales domésticos, y el de médicos, comparados con la población humana.—Será que la existencia de intrusos haya hecho nacer en la cabeza del Sr. Marin el... pensamiento de que fallan aún veterinarios en España. Pues el Sr. Marin ha debido admitir que para cada intruso en Veterinaria, hay por lo menos ciento en Medicina; que la intrusión se desarrolla y medra donde quiera que existen holgazanes, donde quiera que la observancia de la ley es quimérica, donde quiera que el ejercicio de la intrusión es algo fácil (y por eso es en el *herrado* donde abundan); y por último, que los intrusos son como los parásitos: invaden á las colectividades sociales que ofrecen signos inequívocos de padecer alguna enfermedad grave y orgánica; los cementerios albergan sabandijas, perro flaco está lleno de pulgas, un cadáver es pasto de gusanos!—Al Sr. Marin podrá sobrarle clientela (que mucho lo dudo) al extremo de no tener que andar herrando y de poder consagrar no despreciables sumas de dinero para hacerse de una gran biblioteca; el Sr. Marin podrá nadar en la abundancia y no necesitar el recurso de sacrificiar su ciencia en aras de la necesidad apremiante; mas ¿llegará á media docena el número de veterinarios que se encuentren en posición tan desahogada? Si tan escasos nos contamos, Sr. Marin, ¿dónde están las pruebas de esa escasez? ¿dónde ni cuándo se vé anunciado un solo partido en los pe-

riódicos oficiales? dónde ni cuándo ha podido V. ver que los rendimientos de nuestra profesion, ejercida con decoro, basten para satisfacer medianamente las necesidades de un hombre de carrera? dónde ni cuándo ha dejado V. de ver á la indigencia, á la miseria extrema de sus hermanos de clase haciendo víctima suya á la dignidad profesional, socavar los cimientos de reputaciones muy bien establecidas, y envenenar con su aliento los más sagrados vínculos de amistad y de compañerismo?... Valor se requiere, Sr. Marin, más que valor, se necesita ser todo un héroe para atreverse á decir en público que todavía somos pocos veterinarios en España. —Qué porvenir tan halagüeño queda á los veterinarios después de gastarse su patrimonio, y qué abnegacion tan santa y tan cristiana es cruzarse de brazos, Sr. Marin, y morir de hambre sin tener dónde ganar un pedazo de pan honroso, por la escasez, mientras las demás clases comen á dos carrillos!.. Es un escándalo profesional, Sr. Marin, el haber asegurado que hacen falta más veterinarios en España, y es un escándalo profesional y científico, es hasta un insulto á la dignidad de la ciencia y de la clase, el afirmar que aún se necesitan más escuelas!

Pero el Sr. Marin debe de estar fascinado por su monstruosa idea *escuelicista*; pues á no ser así ¿cómo quiere compararnos en número con los maestros de Instruccion primaria? No sabe que estos señores tienen hoy lo que más grada y congratula al Sr. Marin, una proteccion grandísima, é ilimitada por parte del Gobierno para el cobro y dotacion de sus haberes, nombramiento hecho por el Rector de la universidad respectiva, sin que el municipio, á no ser por causa justificada y probada, y en virtud de expediente legal, pueda por sí destituirlos; y que, dado caso que hubiera treinta mil maestros, muriéndose de hambre, jamás dejaria de ser *magister* el que poseia la escuela.

¿Sucede lo propio con los veterinarios? Si hay calorces mil partidos existentes, y somos treinta mil veterinarios, nuestro único derecho y nuestro único recurso consisten en poder entrometernos (faltando á las exigencias del decoro y de la dignidad profesional) en donde se trasluzca siquiera la probabilidad de ganar un pedazo negro de pan con nuestro honroso trabajo, aun cuando hubiera allí establecidos veinte profesores y fuéramos á cercenarles el alimento. Hay aquí paridad de condiciones entre los maestros y los veterinarios? ¿Qué le parece más apremiante al Sr. Marin: la necesidad ó el deber? Por lo demás, toda persona sensata está harta de saber que ni las dotaciones, ni la posicion social de los profesores de Instruccion primaria son tan grandes como se merecen ellos; gracias sean dadas á ese funesto régimen del privilegio, que tiene embrutecida á España y que nunca permitió juzgar sinó por el falso brillo de los olopeles. ¡Avergüenzan los resultados, que

se están palpando, de una política liberticida; y, no obstante, el Sr. Marin se enfada porque hayamos resuelto aceptar el papel de ciudadanos libres!

Que las Escuelas son perjudiciales á la clase en general, no hay más que ir preguntando á todos y cada uno de los profesores establecidos, y el Sr. Marin se convencerá de la verdad de mi aserto. Pero el Sr. Marin, allá en su *magin*, se ha creado una fantasmagoria de argumentacion caprichosa y acomodaticia á su vision intelectual singularísima, para tener después el indomable brio de ir destruyendo razones inventadas por él, á la manera que D. Quijote repartía tajos y mandobles contra los molinos de viento, convertidos por su exaltacion cerebral en poderosos ejércitos. Quién le ha dicho al Sr. Marin que el Sr. Gallego ni yo hayamos sentido por principio que la ilustracion de una clase perjudica á la misma? De dónde saca esa patraña? Y si no la dedujo de nuestros escritos, por qué la formula y se esfuerza en combatirla al combatirnos á nosotros? Es prudente, es tolerable, es nisiquiera cuerdo proceder así en una discusion preparada y anunciada con tantas infulsas por el Sr. Marin?... Nosotros queremos la mayor ilustracion posible en todos los ramos del saber humano; mas, presisamente por ser ese nuestro vehementísimo deseo, y porque, como veterinarios, anhelamos una instruccion fundamental y sólida para nuestra clase, por eso mismo es por lo que pedimos la supresion de todas las Escuelas menos una, menos una sola, que bastará para surtir á España de profesores, y en la cual podrá darse una ensañanza verdad, una ensañanza de resultados óptimos y elevadísima ante la consideracion social por la importancia de su valor científico. ¿Cómo habiamos de desconocer nosotros que tanto más vale el hombre y tanto más apreciado es por sus conciudadanos, cuanto más ilustracion posee, máxime siendo innegable que, analizándolo bien, la ilustracion está siempre en razon directa de la dignidad y del decoro? Mas, por el camino emprendido por el Sr. Marin, de aumentar las Escuelas, exhibir anualmente un gran número de veterinarios *mal formados*, y de anatematizar y execrar el ejercicio libre, por ese camino, se va al caos, á la esterilidad científica, á la guerra intestina, á la degradacion personal y colectiva, á la inconsideracion social, bien merecida, y por último, á no tener donde ganar el sustento indispensable para la vida. A esto nos conduciria el Sr. Marin con sus albaracas *escuelicistas*, que son el principio del fin de su causa.

Que las Escuelas son onerosas al Estado, no hay para qué probarlo: sea más exacto, y sobre todo más previsor, en sus cálculos matemáticos el Sr. Marin; vea, no lo que gastan hoy aquellos establecimientos, sinó lo que necesariamente habrian de gastar una vez elevados á la categoria de es-

cuelas dignas de la ciencia, como por ejemplo, la de Alfort en el vecino imperio; reflexione sobre la exigüidad del número de escolares que, inundada como está la España, habian de dedicarse á seguir nuestra carrera si las condiciones de la enseñanza veterinaria se colocan algun día fuera del detestable terreno de la farsa; estudie y medítelo mejor el Sr. Marin; rectifique la *pequeñez* de sus *erróneos* cálculos; y, cuando lo sepa, tenga entonces la bondad de decirnos á qué cantidad ascienden los gastos de todas esas Escuelas y lo que costaría al Estado cada alumno.—¿Qué quería el Sr. Marin, la despreciable enseñanza actual ó la enseñanza reformada? De su inconcebible escrito se desprende terminantemente que rechaza él esta viciosa enseñanza que hoy tenemos, y que aspira á una reforma tan vasta y profunda como sea conveniente al lustre de la ciencia, al decoro y bienestar de los profesores y al mejor desempeño de nuestra misión útil dentro de la patria. Mas si aspira á modificar radicalmente la enseñanza veterinaria, ¿con qué derecho, con qué pretexto de consecuencia lógica el Sr. Marin hace entrar en sus cálculos los bochornosos datos de gastos y productos de la enseñanza actual?... Mentira parece que semejantes concepciones sean parto de una inteligencia tan iluminada como la del señor Marin!

Llegamos al *ejercicio libre de todas las profesiones*. Oh! el ejercicio libre! gigante terrorífico! Hé aquí donde vienen á estrellar su nave todos los amigos del anacronismo y del *privilegio*! Hé aquí el gran caballo de batalla de todos los agiotistas!—Trascendental, gravísimo y horripilante le parece al Sr. Marin y demás encomiastas de la prosecución de las Escuelas *per saecula* sin fin, la instalación del *ejercicio libre* de las profesiones. Mas el Sr. Marin, que es un profesor juicioso, decente y probo, habrá de ir convenciéndose poquito á poco de la utilidad y grandísimas ventajas que ofrecería la entronización de esta medida, en sustitución del monopolio vergonzoso que ha estado embruteciendo á España. Teme el Sr. Marin poner sus manos en esta cuestión magna; levanta un poquito el velo que la cubre, y retrocede horrorizado, mesándose los cabellos para no despeluznarse al ver lo que sucedería una vez establecido el *ejercicio libre*.

Si el Sr. M. (1) se *estremecía* (lo cual no ha de extrañarse, porque la proposición no habia sido aún explicada), el Sr. Marin vá todavía más lejos, se *horroriza*.—Tranquilícense estos señores y veamos si la cosa es motivo de impresiones violentas y desagradables.

Las ventajas que nos reportaría el *ejercicio libre* serian las siguientes.

1.^a Matar los intrusos.—Razon: el público que necesita, irremisiblemente habia de ir á buscar un profesor científico, que en momentos críticos no fuera capaz de dejarle sin riqueza pecuaria, y de ningún modo apelaría al charlatanismo, que todo lo quiere avasallar sin haber dado nunca un resultado positivo.

2.^a Producir entre todas las clases científicas una emulación tan provechosa, que, rivalizando en celo y en deseo de saber, se harían instruidos cuantos profesores vegetan hoy recostados muellemente en el diván del privilegio que les dá su título, y no se acuerdan de más sino de que, sean buenos ó malos, instruidos ó ignorantes, el público ha de servirse *forzosamente* de ellos.

3.^a Que el Gobierno se vería en la justa é imprescindible necesidad de crear una escuela-modelo, bien reglamentada y organizada, para dar la enseñanza oficial á los jóvenes que espontáneamente y con fé decidida lo solicitasen.

4.^a y última. Que cada cual, consultando bien las fuerzas de su inteligencia y la extensión de sus conocimientos de la ciencia, se diseminaria por ese campo científico donde más le conviniese y más resultados de lucro pudiera juiciosamente esperar.—Estas son las ventajas indubitables y más inmediatas que, entre otras muchas de interés general, nos proporcionaría el *libre ejercicio*.

No quiero inmiscuirme como desearía en el terreno de la política, cosa que detesta el Sr. Marin, para probarle mejor la necesidad que se siente, el vacío que se nota en el artículo 17 del Código fundamental del Estado, por la no inclusión del *ejercicio libre* entre los derechos individuales, ya que no es sino un producto de la inteligencia humana; pero llorándolo en el fondo de mi alma, por este pequeño disgusto que voy á proporcionarle, hablaré un poco de ella.

No debe, no puede ocultarse á la gran penetración del Sr. Marin la marcha progresiva, pero lenta, que caracteriza á esas grandes evoluciones de los pueblos que tienden á su libertad, que recorren el camino de la perfectibilidad humana. Pues bien: las sociedades van impulsadas constantemente por la ley del progreso, pero de un modo gradual, sin saltar nunca por encima de ningún término de la serie; y esta circunstancia misma es la que, prestando la mayor firmeza al desenvolvimiento natural de la especie humana, hace que el progreso sea fatal é incontrastable. Por eso, todo obstáculo con que se pretenda impedir el advenimiento á la práctica de una verdad concebida, de un derecho reconocido legítimo en el seno de la naturaleza, toda tiranía, toda interdicción del progreso, no pasará de ser una quimera, un vano esfuerzo de los oscurantistas contra la libertad de acción: idea de libertad que nace, es idea que ha de ser ley, más ó menos pronto. De

(1) Véase el número 460 de LA VETERINARIA ESPAÑOLA.

un régimen tiránico, opresor, casi teocrático, hemos pasado adonde era justo que pasáramos, á respirar entre las primeras brisas del campo de la libertad, hemos comenzado á ser hombres, no esclavos, y la noción de derechos individuales se ha hecho lugar en la conciencia de todos los españoles honrados. Pero uno de esos derechos individuales, tal vez el más importante, es la libertad de cambio entre los productos de la actividad humana, ya sean comerciales, industriales, intelectuales, etc.; y claro es que la libertad de ejercicio profesional y científico es una emanación directa, y como tal, obligada, forzosa é inevitable de los derechos individuales que han sido ya proclamados solemnemente.—Un ejemplo al Sr. Marin, que le convencerá de que las sociedades avanzan con cierta lentitud por la senda del progreso; pero que, en cambio, su marcha es segura, indudable el éxito.

¿No ha tenido el Sr. Marin, con esos Gobiernos monopolizadores, la unidad religiosa? Sí; y no obstante, contra toda esa chilladera mongil y clerical, vemos establecida la libertad de cultos. Pues aún falta un poco más que andar en la vía del progreso, aún falta separar uno de otro los dos estados, civil y religioso.—Esto le probará al Sr. Marin (y aquí sí que ha de hallarse conforme con mis apreciaciones) que después de todas esas libertades que tenemos, siempre queda un más allá, un desideratum como estímulo incesante del progreso. Hoy por hoy, la necesidad que más de cerca nos apremia es completar el cuadro de los derechos individuales, proclamando lo que todavía exige el reconocimiento legal de la personalidad humana.

Vea, pues, el Sr. Marin, cómo el *libre ejercicio* será proclamado, á pesar de su resistencia.—Y observará el Sr. Marin, así como de paso, que no se puede prescindir de la política al hablar del *ejercicio libre* de las profesiones.

El día que entremos de lleno en el goce de los derechos individuales, será un día venturoso para todas las clases sociales, la era de paz, el reinado del orden y de la verdadera libertad de los pueblos, que todos anhelamos. Todos debemos contribuir con nuestro óbolo á tan grande acontecimiento. Los que así no piensen son los detractores de nuestras libertades pátrias, no son más que fariseos, jesuitas agazapados en el campo de la libertad, que no tienen valía suficiente para considerarse intérpretes fieles de la ley á cuya sombra medran, predicando rastroteramente contra unos derechos individuales que protegen hasta la procacidad de sus enemigos.

Yo suplico á todos los que aman el libre ejercicio de las profesiones y son abolicionistas del privilegio, que esclarezcan con sus escritos las dudas que aún asalten á su imaginación; y que, en el caso contrario, signifiquen su adhesión por medio de una carta dirigida á la Redacción de LA VETERINARIA

ESPAÑOLA, con el fin de que oportunamente, pueda saber la clase si hay ó no un respetable número de profesores adictos.—Aprovechemos, como ha manifestado ya el Sr. Gallego, este interregno parlamentario para la discusión, admitiendo de buena fé todas las opiniones que tiendan á dilucidar el tema. Por mi parte, abrigo la esperanza de que á esta invitación sincera responderá toda la clase no desairando al que tan de buena fé se la dirige.

Fuentelehiguera y Julio 5 de 1870.

GREGORIO MOLINA.

Seccion de anuncios.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA

EN LA REDACCION DE LA VETERINARIA
ESPAÑOLA.

Genitologia veterinaria ó nociones histórico fisiológicas sobre la propagación de los animales, por D. José Bazquez Navarro.—Precio; 16 rs. en Madrid; 18 rs. en provincias.

Tratado completo de las enfermedades particulares á los grandes rumiantes, por Lafore. Traducción anotada y adicionada, por D. Gerónimo Darder.—Comprende la Patología y Terapéutica especiales del ganado vacuno, con interesantes detalles y consideraciones anatómico fisiológicas sobre las regiones, aparatos y órganos que pueden ser afectos de alguna enfermedad.—Precio: 36 rs. en Madrid; 58 en provincias.

Enteralgologia veterinaria, por los señores don Silvestre y don Juan José Blazquez Navarro.—Constituye una extensa monografía acerca del llamado cólico flatulento ó ventoso y de su curación cierta por medio de la punción intestinal.—Precio: 24 reales, tomando la obra en Madrid; 28 rs., remitida á Provincias.

MADRID:—1870.

Imp. de Lázaro Maroto, Cabestreros, 26.